

IBARRA, EXTREMADURA Y EL SOCIALISMO

Presentación del libro “Más que palabras” de Juan Carlos Rodríguez Ibarra

(Salón de Actos de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, Mérida, 6.V.91)

Buenas tardes.

Como autor principal, como coautor o como colaborador, llevo publicados unos 25 libros, un par de ellos sobre esta tierra, y presentados algunos otros ajenos. Y sé perfectamente que, a la hora de presentar en sociedad a estos hijos de papel, la elección del presentador implica un cierto cálculo. ¡Cómo no va a serlo así cuando además la presentación se produce en fechas preelectorales que convierten el acto, como a nadie se le escapa, en algo más que la presentación de un libro!. Un libro que, no en vano, se titula "*Más que palabras*". Quizás por ello a algunos de quienes me conocen no dejará de extrañarles mi presencia hoy aquí.

.....

En cualquier caso a mí este acto me produce dos sensaciones agradables, que quizás ayuden a explicar, y explicarme, mi presencia.

La primera es la impresión de que el Partido Socialista tiene aún la capacidad de ser realmente, al menos en Extremadura, si no la *casa común de la izquierda* sí la *casa de vecinos común del socialismo*. La *casa común de la izquierda* no puede serlo porque siempre quedarán, desperdigados en casitas de campo, soñadores utópicos, ácratas irreductibles; y es bueno para todos que queden y que empujen las ideas de progreso social en mil direcciones, haciendo florecer mil flores nuevas que algún día darán su fruto en mil utopías. Y seguirán, por supuesto, quedando también quienes, por las razones que sea, preferirán vivir por siempre en la chabola.

La segunda sensación agradable es, para mí, más agradable y más importante, por cuanto "*Más que palabras*" no recoge sólo las proclamas de un líder socialista, sino también y fundamentalmente los sueños, objetivos y demandas del presidente de todos los extremeños. Y para mí, que he hecho de Extremadura no sé si mi segunda o mi primera región, esa sensación es una constatación más de que esta tierra sabe distinguir muy bien entre quienes venimos a servirla, con nuestros conocimientos, nuestra experiencia, o con la simple convicción de que *el Sur también existe*, y aquéllos que vienen a servirse de ella. Hace años que me siento pacense, y en estos días lo siento hasta con chauvinismo, frente a los



incultos yuppies del Norte que vienen a refocilarse en la visión de la miseria, y como vienen a eso la encuentran. Pero sentirse, y ser sentido, como parte de una ciudad, es fácil cuando vives en ella. Esta tarde, este acto, es para mí importante, porque me hace sentirme extremeño y también ser sentido parte de un país.

.....

Si no bastara lo dicho sería suficiente para estar hoy aquí la exaltación que estos días nos produce a todos la derrota que acabamos de inflingir a los demonios nucleares y sus profetas. Y con ello entramos en materia, porque el lector de "*Más que palabras*" hallará que las intervenciones contra Valdecaballeros ocupan muchas de sus páginas. Advierto sin embargo que lo que viene a continuación no es en absoluto una disección del discurso político, porque a mí el análisis semiótico de contenido, a base de conteo de palabras y expresiones, me aburre bastante. Yo prefiero un análisis más cualitativo, más intuitivo...

La larga batalla contra la central nuclear ha sido un buen elemento para poner a prueba el carácter más o menos consecuente del autor con una de las virtudes que justamente más predica y exige en sus discursos: la lealtad.

Yo conocí a Juan Carlos Rodríguez Ibarra hace doce o trece años, en una asamblea en el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena, aunque a decir verdad no recuerdo el momento preciso. Estábamos en medio de lo que, a mi modo de ver, fue un punto de inflexión en la Historia de Extremadura: el encierro de casi la mitad de los alcaldes extremeños, en los días siguientes a la aprobación de la construcción de Valdecaballeros. Estábamos contentos quienes habíamos organizado la revuelta (pues de una auténtica revuelta, pacífica pero altiva, se trató), porque habíamos *embarcado al PSOE*; pero los iluminados decían que en cuanto las aguas volviesen a su cauce las miradas se tornarían obedientes hacia Madrid. Sin embargo, el PSOE extremeño siguió oponiéndose a Valdecaballeros; más aún, vimos cómo al poco de hacerse con el gobierno regional Rodríguez Ibarra ponía al frente de la que ha sido la más importante Consejería en los años '80 a Juan Serna, el líder de los antinucleares. Entonces los inasequibles al desaliento dijeron "*...ya se ha vendido Serna*". Sin embargo, desde fuera de Extremadura veíamos cómo el Presidente y su Consejero iban de la mano hasta el borde mismo de la desobediencia regional. Yo escribí entonces un artículo, en un diario del Norte, titulado *El círculo que se cierra*, en recuerdo de la obra de Barry Commoner, en el que daba por liquidado el asunto Valdecaballeros. Pero Serna resbaló y cayó del barco, y entonces los irreductibles dijeron: "*Lo han echado, lo han echado... ahora la ponen*". Sin embargo una vez más vimos cómo Ibarra ponía públicamente en juego su puesto al frente del gobierno regional, y de rebote su buena situación en el partido socialista. Pero los conspicuos dijeron entonces: "*Eso es que no piensa repetir...*". Mas hétenos aquí que Ibarra repite, y vuelve a ganar las elecciones, y vuelve a ser presidente y vuelve a empeñar su palabra contra Valdecaballeros. Aún quedaban argumentos a los adoradores del pesimismo transideológico: "*Es que negocia compensaciones...*".

Y aquí estamos, en 1991, con Ibarra dispuesto a repetir nuevamente, y con el



dragón de Valdecaballeros definitivamente vencido. No sé ahora qué van a decir los santos varones que propugnan la hipercrítica feroz...

No creo que la victoria contra la central nuclear deba atribuirse a Juan Carlos Rodríguez Ibarra, sino a todos los extremeños que han empujado a ello; muy especialmente, y esto hay que decirlo también aquí, quienes hace quince años iniciaron la lucha antinuclear, soportando las acusaciones de retrógrados, prehistóricos o pequeño-burgueses. Pero también tengo la convicción de que con otro presidente seguramente las cosas hubiesen sido muy distintas.

En cualquier caso es sólo una batalla. Quedan otras aún hasta ganar, en Extremadura, la guerra de la energía; una de las guerras más importantes en esta región. Entre las batallas pendientes están el cierre de Almaraz, la introducción de nuevas energías alternativas, la reinversión en la región de los beneficios generados por la hidroelectricidad... Pero Valdecaballeros era importante, muy importante, más importante de lo que creían incluso muchos destacados militantes del partido que patrocina este acto. Porque suponía una gravísima hipoteca, una pesada espada de Dámocles, sobre el eje económico fundamental de esta región: las Vegas del Guadiana.

Y tiene más significación el empeño personal del presidente cuando quizás ni siquiera lo ha hecho por *antinuclear*, seguramente tampoco por miedo a perder unos votos, sino simplemente por lealtad a su tierra y a sus gentes. Muchas de las páginas del libro recogen las declaraciones en estos últimos cuatro años; páginas desafiantes hasta extremos impensables en un, como suele decirse, *hombre de Estado*.

.....

En realidad, el libro que hoy se presenta, como todos los libros y a pesar de sus especiales características, es también hijo de otros libros. Entendámonos. Este libro es hijo de ocho años de gobierno, y sin duda padre de al menos otro cuatro más. Pero al leerlo he sentido a menudo, no sé si lo expreso bien, el aroma de dos obras en las que tuve la suerte de colaborar. Una es ellas es "*Extremadura Saqueada*". Un libro, publicado en 1978, que aunque desgraciadamente siga siendo ignorado en los ambientes académicos de la región, constituyó el primer análisis regional serio realizado en España y así fue saludado en muchas Universidades españolas; pero que fue también, como ha expresado Manuel Veiga en su "*Historia del futuro de Extremadura*", una de las bases intelectuales más sólidas para la concienciación regional. En muchas de las intervenciones de Rodríguez Ibarra que se recogen en "*Más que palabras*" uno percibe todavía los restos de la rabia por el saqueo de siglos que denunció aquel libro.

Pero es una rabia que no anula la frialdad de juicio para plantear y desarrollar las políticas que están permitiendo salir de aquel estado de cosas. Y es justamente en esas políticas, que se perciben a diario en la región pero cuyo basamento ideológico puede uno hallar en los escritos y discursos, donde veo reflejarse la sombra de otro libro, publicado en 1980 y que a su vez fue hijo del "*Extremadura saqueada*". Me refiero a "*El modelo extremeño. Ecodesarrollo de La Siberia*



y *La Serena*", en el que se proponía una estrategia de desarrollo integral autosostenido, basado en las posibilidades de esta tierra, sin, pedir nada a nadie, sin mendigar planes de urgencia ni la limosna del empleo comunitario. *"Este libro -se decía en las solapas- pide que le dejen al pueblo extremeño la soberanía sobre su agua, su tierra y su energía, que se cierren las minas de uranio y que no se construya la central nuclear de Valdecaballeros. El modelo extremeño permitiría (...) tener la certeza de que nunca por estas tierras se volvería a pasar hambre"*.

Personalmente, encuentro esta cercanía genética entre el libro *"Más que palabras"* y estos otros que acabo de citar muy sugerente. Pues quiero creer que aquéllas obras dieron en su día una fuerza intelectual y una base científica sobre las cuales le ha sido sin duda más fácil al presidente de esta región el lanzarse, a lo largo de estos ocho años de gobierno, a transitar por caminos muy distintos de los que dictaban el pensamiento y la sapiencia oficiales. Estoy seguro de que le hubiera sido más fácil decir sí a Valdecaballeros, a cambio de recibir la escoria industrial despreciada por las regiones ricas del Norte; decir sí a las repoblaciones de eucaliptus y las papeleras subsiguientes; evitarse líos de fauna y flora y asistir a las cacerías de la aristocracia; apuntarse a la *beatiful people* y ocupar de ese modo un lugar en el corazón de las revistas nacionales de papel cuché; y asegurarse el resto de los votos con la limosna del empleo comunitario.

En lugar de eso tuvo la valentía de elegir un modelo intolerable para las fuerzas económicas tradicionales e incomprensible para muchos de sus propios compañeros de partido, obsesionados por el crecimiento del Producto Nacional Bruto, venga de donde venga. Y eso, por supuesto, conduce a una cierta soledad, especialmente en una región en la que la intelectualidad, salvo honrosas pero escasas excepciones, ha estado durante estos años -por no decir durante estos siglos- exclusivamente dedicada a sus asuntos. Recuerdo ahora una frase que publicaba hace meses el diario EXTREMADURA, y que no estoy seguro de si está recogida en el libro, pero que decía algo así: *"se escucha demasiado el silencio de la intelectualidad extremeña"*. Pero son aún más explícitos respecto a esa cierta sensación de soledad, tanto el que me parece, personalmente, uno de los mejores discursos recogidos en el libro, curiosamente no pronunciado en Extremadura, sino en Andalucía, como otras reflexiones que salpican las páginas del libro *"Más que palabras"*.

.....

No sé si estoy hablando demasiado poco del libro, y demasiado de la historia reciente de Extremadura. Pero es que difícilmente puede juzgarse a un autor exclusivamente por sus palabras, cuando el autor es un político y las palabras forman parte de actos políticos. En tal caso sólo cabe analizar simultáneamente las ideas, las palabras y los hechos.

Y en ese trasiego contínuo que he hecho estos días entre las ideas, las palabras y los hechos de su autor, me han venido repetidamente a la cabeza dos referencias.



Una, qué quieren que les diga, ha sido Mao Tse Tung, aquel que algunos de los sin duda aquí presentes llamaban *el gran timonel*. Y no sé muy bien por qué razones el ordenador cerebral me remitía a Mao, más cuando yo nunca he sido ni maoísta ni prochino. Desde luego no era por la cuestión del *caudillismo*, acusación que a veces se ha lanzado contra Ibarra y que él mismo contesta en alguna de las intervenciones recogidas, sino posiblemente por otras dos razones, muy distintas y que siempre he admirado en aquel revolucionario y teórico marxista:

Tal vez, de un lado, porque en ambos casos, por supuesto salvando las distancias, se trata de coger un país postrado y expoliado, casi de la mano, y de llevarlo a través de una *larga marcha*, jugando con las alianzas de clase, sorteando las prisas del aventurerismo infantil y las zancadillas de los falsos amigos de la reacción, hacia un modelo de desarrollo propio, adaptado a las realidades y potencialidades del país.

De otra parte, por el didactismo de sus intervenciones, y seguramente ello tiene su explicación en hechos sociológicos, más que en la anterior dedicación a la docencia de Rodríguez Ibarra.

Mientras en otras muchas regiones españolas la transición política casi no se ha percibido en las personas, porque, aunque con otras ideologías, demasiado a menudo hallamos entre la nueva clase política a los hijos, los primos, los nietos de la clase política anterior, en Extremadura la Transición ha sido, en términos sociológicos, una auténtica Revolución. Una nueva clase política, sin experiencia, sin colegios de pago detrás, con años de silencio en las espaldas, se ha hecho con el Poder. Una nueva clase política que ha debido autoformarse sobre la marcha, y entre la que hay de todo: buenos y malos, arribistas y visionarios, liberales y leninistas, austeros y despilfarradores, demócratas y autoritarios. Como en todos los grupos formados por seres humanos. Y cuando en el futuro se analicen las profundidades de esta revolución pacífica, los discursos de Ibarra constituirán una clave fundamental para entender cómo una transformación que suponía serios conflictos sociales pudo darse con un nivel tan bajo de conflictos convivenciales. Porque no son desde luego pocos los conflictos sociales surgidos. Sólo en los últimos cuatro años, y según los titulares de prensa recogidos en la segunda parte del libro, hallamos temas tan conflictivos como los que siguen: expropiaciones, jueces, aristocracia, Valdecaballeros, paro juvenil, pobreza y riqueza, sucesos de Palomas, ley de caza, conspiración de los señores...

Del mismo modo que el modelo de transición política española ha servido y servirá de modelo a tantos otros países, yo estoy seguro de que el *modelo extremeño* de transición y desarrollo podría servir, con sus virtudes y sus defectos, a algunos países subdesarrollados. Es una vía más, aún no tengo claro si con una base teórica o puramente empírica, de transición hacia alguna especie de socialismo democrático.

En cualquier caso, el didactismo en las intervenciones recogidas en este libro me



parece tan importante que, independientemente de desearle la máxima difusión, yo lo recomendaría como de lectura obligatoria a todos los socialistas, especialmente a aquéllos que ostentan puestos de responsabilidad. Voy a citar sólo algunas de las frases, de entre las muchas que deberían ser memorizadas por todo regidor extremeño, incluso por los no socialistas:

"Es más importante fomentar el trabajo, el estudio, el sacrificio, que fomentar 'la movida', aunque 'la movida' con esas cosas que yo digo no nos vote",

o

"he criticado la insensatez que hubiera supuesto destinar nuestros esfuerzos políticos y económicos a la creación de un sector industrial ficticio y construido sobre el vacío",

o

"un gobernante democrático, surgido de la voluntad del pueblo, no sólo no teme la protesta, la reivindicación y la exigencia de justicia, sino que por el contrario siente el orgullo de gobernar sobre un pueblo vivo, valiente y decidido",

y sólo citaré otra que debería tenerse especialmente presente durante la próxima legislatura, cuando con la excusa de las cuatro o cinco mil viviendas veamos surgir, ya se detectan en alguna de nuestras principales ciudades, intentos de remodelaciones brutales y especulativas de algunos cascos antiguos:

"Antes -dice el presidente- el no va más en los pueblos de nuestra región era que alguien hiciera un bloque de pisos parecidos a los de Móstoles. Ahora comienza a entenderse que la rehabilitación de casas en los cascos de nuestras localidades ofrece una calidad de vida que no se puede encontrar en los bloques inhumanos que pueblan nuestras ciudades".

La segunda referencia que tenía a menudo en mente cuando leía el libro *Más que palabras*, es el Regeneracionismo español. Una referencia para mí especialmente querida, porque fueron las obras de uno de los principales protagonistas de aquel movimiento, el aragonés Joaquín Costa, una de mis más tempranas influencias. El hombre que ha escrito este libro tiene mucho del regeneracionismo, como por ejemplo ese regusto amargo, por decirlo al modo de Quevedo, del que ha visto derruidos los otrora orgullosos muros de la patria suya.

Y me perdonarán que vuelva a referirme a mi propia experiencia, pero me es necesario para estructurar esta reflexión. Tras mi primer contacto con Extremadura, intenso y deprimente, en el verano de 1977, inicié un informe sobre el paro y las luchas de los jornaleros para un semanario de Barcelona con estas palabras: *"Extremadura, famosa tradicionalmente por sus cerdos y sus ovejas merinas, sólo sacrifica en los mataderos regionales el 10 % de la producción ganadera, mientras en algunas zonas de la región se pasa hambre física, de la de no tener casi ni un mendrugo de pan que llevarse a la boca. A pesar de la inmensa riqueza agrícola y ganadera, a pesar de la gran producción hidroeléctrica, y de las grandes extensiones de tierra cultivable, en Extremadura, el territorio más olvidado del Estado español, parte de la población tiene hambre. Y lo más grave, se pacta el hambre. Se intenta que a finales del siglo XX y en la décima potencia industrial del mundo haya gente que viva de la caridad de las empresas*

o del Estado". Mientras recorría los pueblos en paro, donde al atardecer los jornaleros se concentraban en la plaza a esperar humildemente a ver si el manigero les señalaba con el dedo porque eso significaba un jornal, descubrí una de las pintadas más dramáticas de entre las muchas que en aquéllos años se veían. Dramática, expresionista y simple: **"EXTREMADURA EXISTE"**.

Pues bien. Cuando hablo de regeneracionismo no hablo del cambio económico operado, que es obvio para quien no lleve anteojeras. Cuando leyendo el libro me venían a la mente Costa, Mallada o Ganivet, pensaba en algo más profundo: en ese empeño casi brutal del presidente por hacer sentir a los extremeños que Extremadura existe; no sólo Cáceres, o Badajoz, o Plasencia, sino Extremadura, una tierra con entidad propia, con cultura propia, con grandiosos recursos, de la que sus gentes pueden sentir orgullo, frente a aquéllos que piensan que Africa empieza empieza ahora en la Sierra de Gredos. Cuando hablo de regeneracionismo lo hago releyendo esas exhortaciones que persiguen remover a todas las fuerzas sociales de la región, para poner en marcha un proyecto común: hacer de Extremadura una casa en la que habitemos cómodamente y de la que no tengamos que avergonzarnos, ni por tener la despensa vacía, ni por tener el salón sucio y las camas deshechas, ni por tener los niños mugrientos y ociosos en el corral... Nada más y nada menos.

Hablo de regeneracionismo cuando leo que

"la universidad no puede ser para nosotros un lujo (...) Es necesario requerirles un esfuerzo cada vez mayor de acercamiento a la sociedad extremeña, y que sus estudios estén ajustados a las demandas de nuestra situación";

cuando reivindica:

"nos llaman la España profunda, pero quienes así nos califican ignoran aspectos y datos fundamentales acerca de lo que somos, de manera que los mismos que desconocen nuestra realidad física se meten en las honduras de pretender interpretarnos metafísicamente";

cuando advierte:

"Se está acostumbrando a jóvenes de veinticinco años a comer a la sopa boba, cuando a su edad lo que deberían hacer es tragarse el mundo", o cuando llama a *"luchar contra aquéllos, nobles o plebeyos, que impidan que la tierra extremeña dé la plenitud de sus frutos, contra todos aquéllos que niegan el trabajo o contra aquéllos que prefieren la subvención al empleo"*;

y también, por supuesto, cuando exhorta:

"Queremos una clase empresarial fuerte y dinámica que sea uno de los pilares para el desarrollo de la región".

No recuerdo dónde hice la foto de aquella pintada, pero estoy seguro, espero, que el tiempo la habrá borrado. Si no es así, habrá que borrarla, porque ya no hace falta proclamarlo. Los extremeños primero, pero también el resto de los pueblos de España, saben muy bien ahora que Extremadura existe. Más aún, y soy consciente de lo que voy a decir, y de dónde lo voy a decir, a mí no me extrañaría nada ver a medio plazo cómo, además de jamón, electricidad de origen solar, turismo en la naturaleza y productos biológicos, desde Extremadura exportamos gobernantes. Y no entro a valorar si eso sería bueno o malo para



Extremadura y el resto del Estado.

.....

Pero vamos a ir abreviando, que el tiempo apremia

Desde luego, cuando uno se ocupa de textos políticos producto de una ideología de la que se siente cercano es fácil dejarse llevar por las emociones. ¡Cómo no recordar las tonterías que los progres y rojos decíamos en los años '70 comentando los textos de Lenin o el Ché Guevara, o las tonterías que los intelectuales acomodaticios de la *beatiful people* han dicho en los años '80 comentando los textos y hechos del liberalismo económico! Por supuesto que cuando uno presume de realizar un análisis científico de la sociedad debe saber detectar lo que, junto a las ansias juveniles de cambio, tenía de cómodo *dolce far niente* aquel radicalismo adolescente; como debe saber detectar lo mucho que de autojustificación de las prebendas y de insolidaridad ha tenido el discurso liberal de los '80.

Por tanto, y como corresponde a todo presentador de un libro, también en este caso debo decir que ni me identifico ni doy por bueno todo lo que en él se dice, aunque en el conjunto sintonice y haya sin duda una gran cercanía ideológica entre el autor y el que reseña la obra.

El libro que nos ocupa es también, a nadie se le oculta, un instrumento de propaganda política. Y, como tal instrumento propagandístico, roza de vez en cuando la demagogia. Pero ya habrá críticos más demoledores, bien sea en público o en privado, tanto desde la oposición política como desde sectores del propio partido del autor. Por lo que yo creo que, al menos por hoy, debíamos dar a los autores de esta antología de textos, que sin duda han trabajado duramente, un respiro. Como tengo las páginas de periódicos y revistas, y especialmente las páginas de mis libros e informes, plagadas de análisis críticos, bajo mi firma y por mi cuenta y riesgo, frente a muchas actuaciones erróneas, ni siquiera es preciso adelantar respuesta a quien pueda acusar el discurso de hoy de apoloético. Sólo señalaré por tanto una frase que, aunque comprensible en el fragor de la batalla, y siendo consciente de que tiene un contexto, yo nunca hubiese incluido entre estas páginas, y aún menos resaltada: es aquella que dice "*En Extremadura ya no hay pobres*". Yo creo que en Extremadura aún hay pobres muy pobres, aunque no haya hambre, y hay otras muchas cosas por construir, injusticias por atajar, y chapuzas antiguas y recientes por corregir. Y a fe que me gustaría poder decir lo contrario, ojalá que en futuras ediciones de este libro sea así...

En cuanto al libro en sí, como objeto físico, no lo había visto impreso, sino que he hilvanado estas reflexiones a partir de las pruebas de imprenta. Por lo tanto no sé si las deficiencias se han corregido; pero si no ha sido así, recomendaría para la siguiente tirada dos cosas, por cuanto este libro formará parte en su día de la bibliografía de los historiadores extremeños: en primer lugar un estricto control de las erratas de imprenta, pues hay frases cuyo sentido queda totalmente tergiversado, en algunos casos gravemente; en segundo lugar, la conveniencia

de incluir al final un índice temático, que contrarreste la ordenación por criterios temporales, que hace más difícil la lectura. En cualquier caso, quienes han preparado el documento merecen una felicitación, porque han ahorrado mucho trabajo a los futuros investigadores.

.....

Quiero terminar tomando a lazo una de las entrevistas que se recogen en el libro. No es por hacer broma con los temas y seudónimos que han llenado las primeras planas de los periódicos las últimas semanas, sino por quitar hierro al escorzo final que para una intervención como ésta exigen las reglas de la oratoria.

Después de la lectura de este libro, no sabría decir si su autor aún cree en *Dios*, o en sus profetas, pero en lo que de seguro cree quien ha pronunciado y escrito esas páginas es en Extremadura, en el pueblo extremeño y en el socialismo. A mí al menos, después de leerlo, no me cabe la menor duda.

Muchas gracias.

